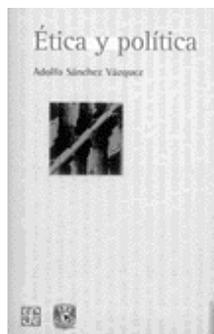


Ética y política

José Woldenberg



Lo primero que hay que agradecer al maestro Adolfo Sánchez Vázquez es la pulcritud de su razonamiento, la claridad expositiva y su capacidad pedagógica. Y junto a ello, el tratamiento iluminador de una dimensión despreciada por cínicos, pragmáticos y fanáticos: los lazos y tensiones entre la ética y la política.

I

El maestro Sánchez Vázquez inicia con una distinción conceptual para ubicar a las izquierdas y las derechas, para luego definir lo que entenderá por moral y por política. “Por moral entendemos una regulación normativa de los individuos consigo mismos, con los otros y con la comunidad. El cumplimiento, rechazo o transgresión de las normas morales ha de tener un carácter libre y responsable por parte de los sujetos individuales”, por lo que, en efecto, “la imposición externa o coercitiva—propia del derecho—, es una cosa distinta. “Por política entendemos la actividad práctica de un conjunto de individuos que se agrupan, más o menos orgánicamente, para mantener, reformar o transformar el poder vigente con vistas a conseguir determinados fines u objetivos”.

Establecer así las relaciones entre una dimensión íntima (la moral) y la más pública de las actividades públicas (la política) será el recorrido conceptual que hará Adolfo Sánchez Vázquez. Se trata, dice, de una pulsión que viene de lejos y que no casualmente ha sido enarbolada lo mismo por movimientos de extrema derecha (como el fascismo) y de extrema izquierda (como el anarquismo).

Por el contrario, Adolfo Sánchez Vázquez reivindica la necesidad de la política, de la participación, y en particular de la política de izquierda, no como un fin en sí mismo,

sino “como una palanca para realizar fines y valores”. Ahora bien, si toda política, por su propia naturaleza, se desdobra en dos dimensiones: la ideológica (“constituida por los fines que persigue y que considera valiosos”) y la “práctica-instrumental” (las acciones, los medios a los que recurre), suprimir su anudamiento o peor aún la escisión de cada una de esas dimensiones no puede sino conducir a un utopismo estéril (quien se estaciona sólo en la dimensión ideológica) o al pragmatismo cerril (quien sólo se ocupa de los medios).

De esa manera, si la política de izquierda a la que aspira el maestro Sánchez Vázquez, “ha de orientarse insofismablemente a realizar ciertos valores” (la libertad, la justicia social, la dignidad humana, la igualdad real), no puede sino relacionarse con la dimensión moral. Dado que en efecto existe una política sin moral, coloquialmente llamada pragmática o realista y que termina por destruir a “la moral misma como esfera de la libertad, la responsabilidad y la dignidad”, y dado que también existe una moral sin política, aquella que se reproduce en el mundo de las intenciones o los principios sin acercarse jamás a las consecuencias prácticas y que tiende a generar fanatismos y dogmatismos de toda índole, el llamado de Adolfo Sánchez Vázquez a no aceptar ni el inmoralismo en la política ni a la moral sin política.

Así, sin perder su autonomía, pero buscando su interrelación, Sánchez Vázquez encuentra el contenido moral de la política en los fines que persigue pero también en los medios que ésta utiliza. Si los fines se absolutizan sin conjugarlos prácticamente con los medios (utopismo) o sin atender a las consecuencias de su aplicación (fanatismo), la política tiende a desvirtuarse, precisamente por lo que excluya la moral. Y algo similar ocurre cuando se cree que todos los medios

son legítimos para alcanzar los fines pretendidos. Cuando ello sucede, la inmoralidad acaba por teñir a toda la política.

Sobra decir que el afán de don Adolfo Sánchez Vázquez es el de alertar y finalmente derrotar a dos desviaciones de la política conocidas como pragmatismos y principismos. “Mientras los primeros sólo tienen ojos para los resultados inmediatos... los segundos sólo miran la ‘pureza’ de los principios”. Sánchez Vázquez aspira a una política cargada de moral, moral que se encuentra en las motivaciones de la acción política y por supuesto también en sus medios.

II

Adolfo Sánchez Vázquez aborda también el espinoso tema de la violencia política y sus relaciones con la moral. Y empieza con una definición: “Violencia es el ejercicio intencional de la fuerza por un sujeto contra otro para imponerle su voluntad al causarle determinados daños y sufrimientos”. Y así, en términos “abstractos”, no puede justificarse moralmente. La violencia es perversa de manera intrínseca. Atenta contra la libertad y la autonomía, entraña una relación de dominio e imposición.

Pero Adolfo Sánchez Vázquez no se queda en esa dimensión. Pasa a analizarla “como medio al servicio de un fin” y como disparadora de consecuencias. Como medio recuerda que ningún fin por más valioso que sea justifica—en el plano moral—de manera automática el uso de la violencia. Para Adolfo Sánchez Vázquez, si mal no entiendo, la violencia como medio adquiere cierta legitimidad cuando “es liberadora”, ante un poder despótico, dictatorial o totalitario—que precisamente ejercen violencia de manera descarnada desde el poder—, pero no ahí

donde existe una fórmula democrático-representativa de gobierno. Pero también —nos dice— es necesario acercarse al fenómeno de la violencia política desde el ángulo de sus consecuencias que a su vez se desdobra en dos planos: uno pragmático, es decir, si conduce o no al éxito (dimensión despojada de moral) y otro, desde la perspectiva de sus fines y valores (donde la dimensión moral vuelve a reaparecer). (Por cierto, es siguiendo la lógica del propio maestro Sánchez Vázquez, que no acabo de comprender su condescendencia con el EZLN. Precisamente porque en nuestro país las vías de la política pública y pacífica no se encuentran ni se encontraban cerradas, es por lo que —para mí— resultaba absolutamente injustificable, en el plano de la moral y la política, la opción de la vía armada).

Por otro lado, creo, estamos obligados a dar una vuelta más a la tuerca del razonamiento porque la violencia —y sobran los ejemplos históricos— tiende a independizarse de los fines, y una vez desatada tiende a convertirse en un expediente que acaba justificándose a sí mismo. La Revolución Francesa y su secuela de terror, pero también la soviética, la china, la cubana o la mexicana acabaron por legitimar la violencia aplicada a los “herejes”, “revisionistas”, “imperialistas”, “derechistas”, cuando en muchos casos se trataba solamente de disidentes del grupo gobernante. Porque da la impresión que una vez desatada, la violencia se vuelve una fórmula seductora para aquéllos que ejercen el poder y el mando, tanto desde el Estado como desde la oposición.

III

Los textos que se comentan son el resultado de un ciclo de cinco conferencias que Adolfo Sánchez Vázquez pronunció en el marco de la cátedra extraordinaria Maestros del Exilio Español, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en noviembre del año 2003. En ese momento, el maestro tenía ochenta y ocho años y una larga y fructífera carrera como intelectual. Y considero oportuno, en tiempos de desencanto, de conformismo, de oportunismo rampante, renovar su convicción en el compromiso político y moral del intelectual. Un compromiso, lo subraya con cierta ironía, con su materia de trabajo, sea

ésta la filosofía, la literatura, la ciencia. “Este compromiso se supone, y por tanto, su valor no está en cuestión”. Pero Adolfo Sánchez Vázquez reclama un compromiso que vaya más allá, que produzca efectos, que influya en las conciencias. Ello “presupone cierta confianza en el poder de las ideas, en los valores” que encarnan en su obra.

Se trata, entiendo, de volver al espíritu de la Ilustración. A una práctica intelectual que se juega por sus ideas y los efectos prácticos de las mismas, lo cual no tiene por qué degradar a su obra. Es más: “el compromiso intelectual tiene efectos sociales, tanto más profundos y tanto más amplios cuanto más alto sea el valor propio de la obra comprometida”. Por supuesto Adolfo Sánchez Vázquez abomina del intelectual burócrata, aquel cuyo compromiso ciego con el Estado o el Partido lo convierte más en un publicista que en un auténtico intelectual, pero tampoco cree que la responsabilidad del mismo empiece y termine en la esfera de su propia obra.

Además, dado que la historia no está escrita de antemano, como suponen ciertas corrientes deterministas o “teleológicas de la historia”, el compromiso resulta doblemente pertinente de cara a un futuro incierto e inseguro.

IV

¿Marxismo y moral? De seguro alguien esbozará una sonrisa presuponiendo que se trata de una relación imposible. Pues bien, aunque el maestro Sánchez Vázquez reconoce que en los propios textos de Marx aparecen “posiciones contradictorias sobre la moral”, realiza una reconstrucción del aliento marxista que le permite anudar ambas dimensiones.

Para él, el marxismo es:

1. Una crítica de lo existente.
2. Un proyecto, idea o utopía de emancipación social.
3. Una pretensión de conocer la realidad.
4. Una práctica política. Y si ello es así, tanto la crítica como el proyecto están impregnados de valores morales; mientras que como “conocimiento” intenta explicar las éticas realmente existentes y propone una nueva para el futuro.

Ahora bien, como práctica política no puede escindirse de la moral en cuatro pla-

nos. Primero, por “el contenido moral de sus fines y valores”; segundo, por “el significado moral del uso de los medios necesarios para alcanzar esos fines”; tercero, por “los valores morales que han de darse en los individuos al actuar políticamente”, y cuarto, “por el peso del factor moral en la motivación de la práctica política”.

V

El libro contiene además diversos ensayos que continúan la línea de reflexión filosófica (“El humanismo hoy”, “Razones y sinrazones de la tolerancia”, “Por qué ser marxista hoy”, y otros), textos de análisis político coyuntural (“Contra la guerra *preventiva* de Bush”, “El desafuero de la política y la moral” —sobre el intento de inhabilitar a López Obrador como candidato a la presidencia de la República— y “Hacia una reforma universitaria”) y un artículo luminoso sobre “El compromiso político-intelectual de María Zambrano”.

VI

La obra del maestro Sánchez Vázquez debe ser examinada —como él mismo lo ha escrito en otro libro— “sobre el trasfondo histórico de una trayectoria intelectual comprometida, o sea, el de los años de la República Española, los de la Guerra Civil y los del Exilio en México vividos, pensados y soñados como destierro hasta convertirse éste, al cabo de largos años, en ‘trastierro’”. El libro: *Una trayectoria intelectual comprometida*, Facultad de Filosofía y Letras UNAM, México, 2006 es una obra fecunda y esclarecedora, marcada por la búsqueda de la verdad y el compromiso responsable.

Termino con una nota: he llamado de manera reiterada “maestro” al doctor Adolfo Sánchez Vázquez. Y no faltará quien malentienda y crea que se trata de una fórmula descuidada o peor aún, denigratoria. Nada más alejado de mi intención. Doctores hay muchos, auténticos maestros muy pocos, y uno de los más destacados sin duda es don Adolfo. ■

Adolfo Sánchez Vázquez, *Ética y política*, FCE, UNAM, México, 2007, 172 pp.